

Al cajista de la Imprenta

Por Marino GOMEZ-SANTOS

Para mí el cajista de la imprenta fué, hasta hace poco, individuo fabulosamente estudiado.

Recuerdo muchas tardes de mi sombría niñez cuando yo andaba secretamente, íntimamente, preocupado con las primeras lecturas, y deambulaba solo por las calles. Recuerdo con qué claridad, Dios mío! aquellas tardes grises, húmedas y sombrías, cuando me pasaba las horas con la frente pegada a los cristales de la vieja imprenta de la Plaza de Feijóo.

Aquel cajista pequeño con su brasa oscura, con sus ojos diminutos, llenos de vivacidad, moviéndose bajo los gruesos cristales de sus gafas negras. Y aquella mano nerviosa que se movía rápidamente, con urgencia de telegrafo, llenando el componedor de letras microscópicas, que iba sacando de los mil cajoncitos diversos, todos identificados en su memoria.

Allí acobé de seguir aquel cajista, componiendo las tonterías que se le ocurren a los majaderos locales, haciendo impresos complicados de banca...

Algún día le haré un homenaje a mi viejo cajista. Él, estoy seguro, no se habrá dado cuenta siquiera de mi presencia. Estaba siempre aparentemente embebido en su tarea y sin embargo yo, con mi loca y cuerda imaginación, presencia que aquella criatura humana componía y pensaba... en los zapatos de su chico, en el alquiler de la casa y en las mil esquinás feroces de la vida empinada y tortuosa.

Pero mi admiración por el cajista es principalmente la admiración de su oficio. Yo hubiese tenido una gran satisfacción hablando con el desconocido operario que compuso la primera edición de "Heterodoxos" de Menéndez y Pelayo, traduciendo más que leyendo la letra del polígrafo.

Entonces el cajista era todo un périto calígrafo. También los había especialistas. Eran éstos, individuos que entendían preferentemente la lengua de un autor determinado.

Yo no recuerdo ahora qué periódico madrileño pagaba doble jornal al cajista que componía los artículos de "Clarín". Así y todo era un martirio. En aquellos cotidianos trabajos, el pobre cajista tenía sus justificadas errores. Alguna vez leyó Díaz donde decía Dios y alguna vez también desfiguró el apellido de un escrito novelesco que era para el principiante toda una tragedia.

Pero, entonces, se escribía siempre con pluma y los artículos no se copiaban. Del Casino donde se escribían, sobre el mismo papel timbrado, iban con tachaduras e interpelaciones al correo.

El cajista era un héroe desconocido e incomprendido, sin que intentase tampoco serlo, sin dar importancia siquiera a su arte.

Hoy los originales van a máquina: la errata no está justificada. El corrector es el inspector oficial del cajista. Uno y otro se equivocan y los artículos se publican con erratas, con muchas más erratas que nunca.

En mi artículo del domingo, "La condenación de escayola", el cajista leyó "mutilado profesional" donde decía "provisional".

Al cronista, por muy desprecupado que sea y aunque todo le importe un pimiento, le incomodan siempre las erratas de sus artículos.

A mí, personalmente, me afectan al hígado, aunque no lo tenga enfermo. Y dicho sea tocando madera.

No le van a uno bien esta especie de bromas en los artículos. Son siempre comentario en las tertulias de los cafés, donde se reúnen los detractores profesionales para convertir las erratas en lapsus del autor y vaya usted a saber en cuántas cosas más.

Bien puede justificarse la errata de mi artículo como una errata de cajista. Sería más difícil en el caso de aquél que dijo "un tubo hueco por dentro", porque eso... no es del cajista, aunque trate de afirmarlo el presidente del gremio... si es que existe, que creo que sí.

De otro modo, el cajista es todo un soldado siempre dispuesto, siempre haciendo guardia y maniobra en el taller.

Yo le admiro por su habilidad mágica y por su tesón y por su desvelo. Cuando uno se levanta él no se ha acostado todavía y el incendio o el asesinato que nos sorprenden a las doce de la mañana, al leerlo en grandes titulares, son viejos argumentos para él, que duerme ya pacíficamente, profundamente.

Yo, en fin, estimo a este murciélago misterioso, enemigo personal del sol, amigo íntimo y confidencial de la noche.

Le estimo, aunque de vez en cuando me haga polvo con la broma pesada de una errata.